

GOKUMON-TŌ
***La isla de las puertas del
infierno***

Seishi Yokomizo

Traducción del japonés:
Ismael Funes Aguilera

**QUATERNI**

Título original: 獄門島 GOKUMONTŌ

横溝正史 著 by Seishi YOKOMIZO

Copyright © 1971 by Seishi YOKOMIZO

This edition originally published in Japan in 1971 by Kadokawa Shoten Publishing Co., Ltd.

Spanish translation rights arranged with the heir of Seishi YOKOMIZO

through Japan Foreign-Rights Centre/ Ute Körner Literary Agent, S.L.U.

www.uklitag.com

Copyright © 2015 Quaterni de esta edición en lengua española

© Quaterni es un sello y marca comercial registrados

Traducción del japonés: Ismael Funes Aguilera

GOKUMON-TŌ: La isla de las puertas del infierno. Reservados todos los derechos. Ninguna parte de este libro incluida la cubierta puede ser reproducida, su contenido está protegido por la Ley vigente que establece penas de prisión y/o multas a quienes intencionadamente reprodujeren o plagiaren, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución en cualquier tipo de soporte existente o de próxima invención, sin autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos del copyright. La infracción de los derechos citados puede constituir delito contra la propiedad intelectual. (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra a través de la web: www.conlicencia.com; o por teléfono a: 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

ISBN: 978-84-942858-7-5

EAN: 9788494285875

IBIC: FH

QUATERNI

Calle Mar Mediterráneo, 2 – N-6

28830 SAN FERNANDO DE HENARES, Madrid

Teléfono: +34 91 677 57 22

Fax: +34 91 677 57 22

Correo electrónico: info@quaterni.es

Internet: www.quaterni.es

Editor: José L. Ramírez C.

Diseño de colección: Quaterni

Diseño de cubierta: Cuadratín

Maquetación: Grupo RC

Impresión: Estugraf, S.L.

Depósito Legal: M-19741-2015

Impreso en España

20 19 18 17 16 15 (07)

El papel utilizado en esta impresión es ecológico y libre de cloro

Prólogo:
KINDAICHI KŌSUKE¹ LLEGA A LA ISLA

A unos 28 km adentrándose en el mar Interior, también llamado mar de Seto², rodeada por las prefecturas de Okayama, Hiroshima y Kagawa, justo al sur de Bitchū Kasaoka, se encuentra la pequeña isla de Gokumon que cuenta con apenas unos 8 km de perímetro.

Desde la época de los *samuráis* se cuentan muchas historias de cómo esta isla tan pequeña llegó a tomar un nombre tan impresionante, ya que Gokumon-tō³ literalmente significa la Isla de las Puertas del Infierno. De entre todas las historias, la más razonable relata que antaño la isla se llamaba Hokumon-tō⁴, la Isla de las Puertas del Norte.

Desde los tiempos de Fujiwara Sumitomo, el famoso pirata que intentó crear un reino pirata en las islas del mar de Seto, en el siglo X, los habitantes de las islas de la zona eran, casi

1 En esta novela respetamos la costumbre japonesa de llamar a la gente por apellido más nombre.

2 瀬戸内海 *Seto Naikai*, literalmente mar Interior de Seto, separa las islas de Honshū, Shikoku y Kyūshū. Este mar conecta con el mar de Japón al oeste y con el mar de Filipinas (océano Pacífico) al este.

3 獄門島

4 北門島

todos, renombrados piratas de considerable poder, puesto que se hicieron con el control de las rutas comerciales que, pasando por Shimonoseki, permitían que la cultura del continente llegara al corazón de Japón. Este comercio, naturalmente, se hacía en barcos.

A pesar de los vaivenes de la historia, los piratas del mar Interior mantuvieron su control del comercio marítimo durante mucho tiempo, prácticamente hasta el siglo XVII.

A principios del siglo XIV, empezó un periodo de inestabilidad que duraría sesenta años, con dos emperadores, uno en Kyōto y otro en Yoshino. Durante esa época los piratas del mar de Seto desempeñaron un papel muy importante defendiendo la costa de Iyo de los ejércitos del norte. Usaban la línea de islotes que se extiende al este de Hiroshima como base de operaciones para defender el mar Interior, y la isla que se encontraba más al norte recibió el nombre de Isla de las Puertas del Norte. Posteriormente el nombre se corrompió; de *Hokumon* pasó a *Gokumon* y se convirtió en la Isla de las Puertas del Infierno.

Pero hay otra leyenda, que no tiene mayor veracidad histórica, que cuenta que a principios del siglo XVIII nació en la isla un tal Goemon, de estatura imponente, casi dos metros; algo increíble para la época. Este Goemon realizó toda una serie de gestas por todo el país, por lo que su isla natal pasó a llamarse *Goemon-tō*⁵, Isla de Goemon, nombre que, también, con el paso del tiempo cambió al actual.

Ya fuera *Hokumon* o *Goemon* el nombre original de la isla, el caso es que desde los tiempos del shogunato⁶, las peñas de granito cubiertas de densos pinares se poblaron con los

5 五右衛門島

6 1192–1867.

descendientes de los señores feudales que huían o eran desterrados a la isla y que se casaron con las hijas de los piratas y los pescadores de la región. Algunos lograron el perdón y volvieron a sus señoríos, dejando atrás amantes e hijos. Pero otros muchos se quedaron a vivir allá para siempre.

Cuando la pena de muerte se fue sustituyendo por el destierro, cada vez más criminales fueron enviados a esta isla en medio de ninguna parte; quizá esa fuera la principal razón de su ominoso apelativo.

A partir de las reformas del emperador Meiji⁷, se acabaron los destierros, pero por aquel entonces, ya se podía decir que entre los más de mil habitantes de la isla, agrupados en unos trescientos clanes, prácticamente todos eran descendientes de piratas y criminales.

Estas circunstancias, además del aislamiento natural de la geografía, sembraron la semilla de un fuerte rechazo hacia todo lo que viniera de fuera. De manera que los isleños no se relacionaban con la gente de las islas cercanas y, cada vez que ocurría algún crimen, la investigación se convertía en una patata caliente en manos de la policía.

¿Y qué se podía esperar? En última instancia la endogamia era altísima, y todos los isleños acababan siendo familiares de segundo o tercer grado. Pero incluso en los casos de parentesco lejano, de quinto o sexto grado, daba igual. Todos en la isla se comportaban como una gran familia. Cuando algún forastero llegaba allí, todos los isleños cerraban filas y el foráneo se encontraba indefenso ante un muro de silencio.

Si había desaparecido algo, o, por poner un ejemplo más claro, si alguien había robado dinero, el forastero empezaba a investigar y para cuando ya tenía un sospechoso claro, la

7 1868–1912.

víctima le venía con que en realidad no había sido un robo, sino que el dinero se había quedado en el fondo del armario y ya lo había encontrado. Que lo sentía mucho pero que ya estaba todo arreglado. Y al final, los trapos sucios se lavaban en casa, y todo se solucionaba entre paisanos.

Si en las islas normalmente ya es habitual este comportamiento, ¿cómo no iba a ser así en una donde todos son descendientes de piratas y maleantes? Los que han sufrido ostracismo durante siglos naturalmente se repliegan en su propia comunidad.

De lo que se ha explicado anteriormente, los lectores podrían deducir que Gokumon es una isla solitaria en un mar distante. Puede que antaño así fuera. Pero los tiempos, afortunadamente, han cambiado. Ciertamente tiene un acceso complicado, pero Gokumon no deja de ser una isla en un mar interior, con otras islas alrededor, a la que llega la electricidad y el correo. Una vez al día, incluso, hay un servicio de paquebote regular que la conecta con Kasaoka.

Si algo realmente terrible pasara en una isla así, ¿qué ocurriría? Pues bien, el relato que continúa precisamente trata de eso; que no piensen los lectores que se trata de un robo, o una paliza. No; más bien hablamos de un acontecimiento monstruoso, una serie de asesinatos demenciales planeados a sangre fría; más allá de toda cordura. Solo por eso la isla ya tendría justificado su espeluznante nombre.

Ocurrió un año después del final de la guerra, 1946, a finales de septiembre, para ser más exactos.

Del puerto de Kasaoka acababa de zarpar un carguero de 35 toneladas llamado Dragón Blanco. En su bodega albergaba a un nutrido grupo de viajeros. La mitad eran saludables campesinos de los alrededores, que iban a alguna de las islas a comer el afamado pescado de la zona. La otra mitad la componían pescadores y esposas de pescadores que volvían de la costa de

vender su pescado o de intercambiarlo por arroz que no crecía en las islas del mar de Seto.

Sobre las raídas, húmedas y sucias esteras de la bodega del barco se apelotonaba la gente y sus respectivos equipajes, de manera que casi no había sitio para moverse. El olor a pescado, sudor, pintura y gasolina se entremezclaba en un hedor insoportable, causando entre los débiles de estómago, una irresistible sensación de náusea. No era el caso de los campesinos ni los pescadores, gente naturalmente robusta, aunque alguno que otro no pudiera evitar recitar sutras budistas.

Además del olor, la atestada bodega resonaba con una algarabía atronadora. La gente de la región parecía preferir hablar con la voz deliberadamente alta hasta el punto que resultaba imposible mantener una conversación normal entre tanto alboroto.

Entre los pasajeros apretados en la bodega del Dragón Blanco había uno que destacaba del resto.

Resultaba extraño porque por aquel entonces incluso los campesinos ya vestían toda ropa occidental. Puede que en casa recurrieran a la comodidad del *kimono*, pero desde luego, si salían, ya fuera acompañados del gato o de la escalera de bambú, lo hacían vestidos al estilo occidental. De hecho, entre todos los pasajeros del carguero, solo había dos con ropa japonesa. Uno mayor que debía de ser, sin duda, un sacerdote budista y otro, que rondaría los 35 años. Este último iba vestido con una *hakama* de sarga⁸. Acompañaba el amplio pantalón de pliegues japonés con un sombrero occidental arrugado de ala estrecha.

Que todavía se empeñara en llevar ropa japonesa en aquella época ya le daba un aire de testarudez que se desvanecía casi

8 Tejido en zigzag también llamado *tweed*.

inmediatamente al ver su rostro, bastante mediocre. Si no fuese por su *hakama* y su *kosode*⁹, no resaltaría en nada. Su piel resultaba un poco fuera de lo común, ya que estaba bronceada, como si viniera del sur. El cabello que sobresalía por debajo del sombrero tampoco tenía un aspecto muy normal.

El extraño viajero se había acercado a un ojo de buey a disfrutar del aire que entraba de fuera y huir del tumulto de la bodega mientras miraba distraídamente al exterior. Las olas del mar de Seto se extendían ante sus ojos como un lienzo de profundo azul en el que algún pintor descuidado había dejado caer gotas oscuras que eran las islas. Aunque semejante paisaje no conmovía en absoluto al extranjero, que simplemente dejaba vagar la mirada mientras el barco pasaba de Kamijima a Shiraishi, para luego ir a Kitagi y pasar por Manabe. A medida que iba haciendo escalas se bajaban cada vez más viajeros mientras que no subía nadie, de manera que a las tres horas de haber zarpado de Kasaoka, la algarabía se había extinguido y apenas quedaban en la bodega tres viajeros.

De repente, el tono exagerado de una voz de hombre despertó al extraño viajero de su ensoñación:

—¡Pero si es el abad del Senkōji¹⁰! No me había dado cuenta de que estaba *usté* aquí. ¿De dónde viene si puede saberse?

El que decía esto era un hombre de unos 45 años, por las pintas, claramente se trataba de un pescador al que habrían licenciado hacía poco porque llevaba ropa de color kaki. Pero no era él el que llamaba la atención del viajero de la *hakama* sino su interlocutor, el religioso. Este estaría más cerca de los setenta que de los sesenta, pero alto y enjuto, parecía encontrarse en la flor de la vida. De nariz y boca grandes, sus

9 *Kimono* que hace de parte superior de la *hakama*.

10 千光寺 literalmente *Templo de las Mil Luces*.

facciones indicaban gran fortaleza de espíritu. Sus ojos, también grandes, eran cálidos, pero de mirada penetrante. Encima de su *kimono* blanco lucía las vestiduras típicas de su oficio: un abrigo tipo *michiyuki* largo y una capucha de brocado sin ribete sobre su cabeza rapada.

El monje dejó escapar una suave carcajada:

—Takezō, yo tampoco te había visto entre tanta gente.

—¿De *ande* vuelve, reverendo? —Takezō repitió la pregunta.

—Pues he ido a Kure a recoger la campana.

—¿La campana? Ah... la que se llevaron en la guerra... ¿pero todavía no la habían fundido?

—No, yo también pensaba que ya la habrían convertido en balas.

—¿Y ha ido *usté* a por ella? ¿Y dónde la lleva metida?

—Ja, ja, ja... ¿te crees que yo solo podría levantarla? ¿Por quién me tomas? He ido a rellenar todo el papeleo de la devoción. Luego se encargarán de traerla los mozos de la isla.

—¿Ah sí? Yo también puedo ir a ayudar. Qué suerte que la campana pueda volver entera.

—Sí, casi se podría decir que la han licenciado.

Takezō dio un paso adelante para acercarse al religioso:

—Ahora que lo pienso, ¿sabe algo del señorito Hitoshi?

El sacerdote de repente alzó la vista para mirar fijamente a su interlocutor:

—Yo sí.

—¿Quién te lo ha dicho? ¿El coronel, el capitán?

—No, no, anteaer o el día de antes oí a uno que estaba en el mismo regimiento que él. Dijo que le había pedido que nos dijera que seguía vivo, que estaba bien de salud y que no nos preocupáramos. En cuanto le sea posible, en el siguiente barco, o en el de después el tipo vendrá a presentarse a la familia para dar la noticia oficialmente. La señorita Sanae se pondrá muy

contenta, ¿no? Habrá que prepararle un banquete y arreglar que alguien vaya a por él...

—¿Y no te dijo cuándo iba a volver Hitoshi?

—No. Pero vamos, lo importante es que si Hitoshi está vivo, el señorito Chimata también lo estará.

—No sé yo si eso tiene mucha lógica...

El sacerdote cerró los ojos, y apretó fuertemente la boca, en la que apareció una mueca. En aquel instante el viajero de la *hakama* se aproximó suavemente a él:

—Disculpe, no he podido evitar oír que usted es el abad del Templo de las Mil Luces en la isla de Gokumon.

El monje abrió los ojos y escudriñó el rostro del que así le preguntaba:

—Efectivamente, soy Ryōnen, a cargo del Senkōji. ¿Y usted?

El hombre más joven abrió una maleta de cartón que llevaba consigo y extrajo de dentro un sobre sellado. Rompió el sello, abrió la solapa y sacó una carta doblada en tres que entregó al sacerdote. Este la tomó con expresión visiblemente asombrada:

—Otorgo esta misiva a Kindaichi Kōsuke para que la entregue —alzó brevemente la mirada para ver al hombre del sombrero, tras haber leído esto—. ¡Es la letra de Chimata!

El hombre más joven asintió en silencio.

—¿Usted es Kindaichi Kōsuke?

Kōsuke volvió a asentir sin decir palabra.

—Aquí pone que los destinatarios son el alcalde, el médico y yo mismo. No sé si debería...

—Por favor, ábrala.

El sacerdote desplegó la misiva y empezó a leer las letras, escritas en un gris desvaído, de lápiz gastado. Una vez terminada la lectura volvió a plegar el papel.

—Me quedaré con la carta si no le importa. Yo me encargaré de pasarla a los otros dos destinatarios.

El religioso sacó de la pechera una bolsa plana de tela e introdujo dentro la misiva, después se adelantó poco a poco hacia el hombre de la *hakama*:

—Supongo que necesitará un lugar tranquilo en el que descansar. Gokumon es el lugar perfecto. Además, Chimata ya se ha encargado de presentarnos. Siendo así no creo que a nadie en la casa de Kitō le parezca mal. Puede quedarse el tiempo que quiera, pero... señor Kindaichi...

—¿Sí?

—¿Qué le ocurrió exactamente al señorito Kitō¹¹ Chimata?

—Kitō... —Kindaichi titubeó un poco como si buscara las palabras adecuadas—. Kitō murió durante la guerra.

Takezō que se había sentado al lado de ellos en las esteras abrió la boca como una cueva.

—Bueno, de hecho, no fue exactamente durante la guerra... porque la guerra ya había terminado. Fue en agosto. Entonces nos repatriaron en barco...

—¿Allí fue donde falleció?

Kindaichi asintió.

—Tarde o temprano les llegará la notificación oficial, pero mientras tanto, tengo que atender la petición que me hizo Kitō.

—Madre mía la que nos ha caído encima... —Takezō alzó la voz sin querer y se llevó las manos a la cabeza en un gesto de tremenda aflicción. Seguidamente los tres se sumieron en un incómodo mutismo intentando evitar las miradas mutuas.

Finalmente el sacerdote espetó:

11 鬼頭 inusual apellido que literalmente significa «cabeza del demonio».

—Si el heredero de la rama principal muere, la rama secundaria está de suerte.

El Dragón Blanco iba abriéndose paso entre las olas con un ligero vaivén que emitía un sonido monótono. El agua continuaba de un azul calmado apenas roto por la estela que dejaba el carguero tras de sí.

A lo lejos empezaron a oírse unas extrañas explosiones.

Capítulo 1:
LAS TRES GORGONAS

Aunque su apariencia no diera pista alguna, lo cierto es que Kindaichi Kōsuke tenía un pasado ciertamente interesante. En 1937, cuando contaba con 25 años de edad, participó en la resolución de un caso de doble asesinato ocurrido en la casa de unos antiguos *samuráis*, en la prefectura de Okayama. Justo después de aquello no había podido hacer gran cosa; al igual que el resto de jóvenes japoneses, la vorágine de la guerra lo arrastró a una espiral de violencia y horror que borró de un plumazo los años más importantes de su vida.

Los primeros dos años de la guerra estuvo en el continente, Corea, Manchuria o China, después lo enviaron a Insulindia y el fin de la guerra lo sorprendió en Wewak, una de las ciudades más grandes de Nueva Guinea. Tras numerosas escaramuzas con los soldados aliados, su pelotón fue aniquilado, al igual que otros muchos. Los supervivientes se reagruparon en un nuevo batallón y fue entonces cuando Kindaichi conoció a Kitō Chimata. Este último era cuatro años más joven aunque, al igual que él, había sido alistado nada más graduarse de la escuela y enviado inmediatamente al continente. Sus caminos habían sido bastante paralelos ya que a Kitō también lo destinaron a Nueva Guinea. El

caprichoso destino había unido los caminos de Kindaichi, nacido en el extremo norte, en Tōhoku, y Kitō nacido en el mar meridional de Seto.

A partir de entonces a los dos los destinaron siempre juntos. Durante una de las misiones Kitō contrajo la malaria y no consiguió curarse del todo ya que más tarde recayó varias veces. En esas ocasiones, Kindaichi era el que estaba siempre a su lado asistiéndolo.

Llegados a 1943 ya no había más batallas y el ejército estadounidense ignoraba a las unidades enemigas dispersas que quedaban en Nueva Guinea, de manera que se organizó un repliegue y una evacuación a gran escala. Kindaichi y algunos de sus camaradas se quedaron en la retaguardia, sin posibilidad de comunicarse con los suyos, sin casi víveres, con los uniformes raídos, sucios y hechos harapos, sin esperanzas y sin un porvenir a la vista. Solo una larga sucesión de días tediosos en los que uno a uno, los camaradas iban cayendo víctimas de las enfermedades o del hambre. Sin posibilidad de recibir víveres del frente, cada uno que se moría era una parte menos de comida a repartir. Y así fue como los sorprendió el final de la contienda.

Kindaichi todavía recordaba el extraño júbilo que embargó a Chimata:

—¡Podré volver vivo! —gritaba una y otra vez como si le hubieran quitado un terrible peso de la espalda. Nadie más se alegraba del final de la guerra; dadas las circunstancias a casi todos les daba igual morir como gusanos antes que tener que afrontar la vergüenza. Pero a Chimata la idea de morir lo aterrorizaba. Por eso, cuando recayó con la malaria se aferró a la vida con tenacidad. Como un niño al que aterra la oscuridad y al que alguien intenta arrastrar a un oscuro sótano. Era algo casi antinatural y totalmente aciago, pero sobre todo inútil, porque al final Chimata murió en la bodega

de un barco de regreso a la patria, cuatro o cinco días antes de poder pisar suelo japonés.

Y ahora, Kindaichi se dirigía a transmitir la muerte de su camarada a familiares y amigos. A Gokumon, de nuevo en barco.

Kindaichi recordó cómo antes de tomar el barco alguien le había preguntado por qué se dirigía a la isla de Gokumon. Si no era solo para dar la noticia de la muerte de su camarada, ¿qué otro objetivo podía tener? ¿Qué ocultaba su corazón?

Habían intentado hacerlo desistir en vano. La isla de Gokumon no era un destino bonito, era la puerta del infierno. ¿Qué se le había perdido allí?

—Ah, hierba de verano,
vestigio del sueño
de los guerreros¹².

—¿De qué está hablando, abad? —la voz de Ryōnen había roto el silencio sacando a Kindaichi Kōsuke de su ensoñación.

El religioso se había acercado a la ventana donde observaba el horizonte. A lo lejos volvió a oírse una especie de explosión.

—¿Qué ha sido ese sonido? ¿Están detonando las minas marinas?

—No, eso ha sido lo que se ha oído a lo lejos, pero también se han oído explosiones más cerca. Mire hacia allá delante, en esa isla están desmantelando las instalaciones militares. Eso es todo lo que queda... vestigios del sueño de los guerreros.

Kōsuke se quedó mirando al abad con cara de circunstancias, preguntándose si realmente aquel era el momento de citar un poema del siglo XVII. Ryōnen giró la cabeza hacia la isla donde se habían producido las detonaciones.

12 Poema *haiku* de Matsuo Bashō (松尾芭蕉, 1644–1694).

—Mire allá, hacia el oeste, hacia Kure, ¿ve? La isla tiene un montón de cuevas, parece un panal de abejas. Pues bien, se cuenta que allá estuvieron fabricando gas venenoso en secreto. Y ahora tienen que deshacerse de él. ¿Cómo? Haciéndolo explotar. En nuestra isla también, se presentaron un buen día y plantaron baterías antiaéreas. Estuvieron cavando y aprovechando las cuevas para instalar los cañones. Tuvimos a unos cincuenta soldados manejando todo el tinglado. El monte Suribachi lo dejaron como un queso holandés. Que me parece muy bien, pero acabada la guerra se largaron y ahí se quedó todo. No es justo destruir la naturaleza de esa forma. La guerra no debería dejar cicatrices en el paisaje. Mire, allí está Gokumon.

Kindaichi nunca olvidaría en su vida la primera visión que tuvo de la isla desde el ojo de buey del Dragón Blanco. El mar Interior se hallaba mitad despejado, mitad nublado, hacia el oeste se extendía un clarísimo cielo otoñal mientras que el cielo justo por encima de Gokumon hacia el este parecía cubierto por limaduras de plomo, completamente a la sombra de nubarrones. Silueteada contra semejante cielo, la isla emergía del mar como un amasijo de rocas puntiagudas, alumbradas, extrañamente por el sol del oeste. Lo cual no es extraño en esta región, donde la mayoría de islas parecen ser poco más que rocas y acantilados. Así y todo, incluso en eso Gokumon era especial, ya que sin tener ninguna montaña alta, la isla prácticamente carecía de superficies planas. Parecía como si hubiera emergido del mar de un salto.

Los acantilados que rodeaban la isla por todos lados estaban coronados por pinos japoneses que iban encaramándose a las colinas, y dejando entrever casas de muros blancos que salpicaban las laderas por aquí y por allá. Incluso bajo el sombrío cielo, los muros de las casas reflejaban la luz del sol, por lo que destacaban del conjunto. A Kindaichi se le ocurrió

que aquel paisaje entre la luz y la sombra definía muy bien el destino de la isla, y un escalofrío le recorrió la espalda.

—Fíjese en aquella colina, la más alta. Ese es mi templo. Y justo debajo, aquella casa grande de paredes blancas es adonde debe dirigirse usted. La mansión principal de los Kitō.

El sacerdote fue señalando desde el ojo de buey, pero el barco estaba rodeando los acantilados, por lo que tanto la casa como el templo pronto desaparecieron del campo de visión. Siguiendo el contorno de la isla se abrió entre las rocas una bahía que precedía a una llanura donde se veían casas y chozas de pescadores. Desde la bahía se iba acercando una barca. Se trataba del agente marítimo a cargo de la manipulación de mercancías en el puerto y de la carga y descarga del barco.

El Dragón Blanco era un buque de gran calado y la bahía era demasiado poco profunda, de forma que el embarque y el desembarque de pasajeros tenían que hacerse forzosamente de esa manera.

La barcaza se aproximó al buque a buena velocidad y, enseguida, los pasajeros estuvieron a bordo.

—Bienvenido de nuevo, abad. Takezō, tú también estás de vuelta. La señora Yoshimoto me ha encargado que lleve estos paquetes hasta Shimura, en Shiraishi... por cierto, denle recuerdos de mi parte a la pequeña Miyo.

La barcaza rápidamente dio media vuelta con sus tres pasajeros a bordo y, dejando ir en bocanadas el vapor por su chimenea, se alejó surcando las tranquilas aguas, seccionando la estela que había dejado el Dragón Blanco.

—Abad, ¿ese señor es su invitado?

—¿Este joven? Se va a quedar en la mansión principal de los Kitō. Va a estar un tiempo en la isla y todos intentaremos que se sienta como en casa.